

El discurso colonial

Edward Said, en su estudio clásico sobre el “orientalismo”, argumentó que la alteridad colonial es una construcción histórica, un resultado del dominio político y del lugar privilegiado de los escritores metropolitanos quienes estudian y describen las culturas ajenas pero que ignoran la “antropología del imperialismo”.³⁹ Said plantea que el “discurso colonial” produce los sujetos coloniales. Un “discurso colonial” es un conjunto de prácticas lingüísticas unificadas por su uso en la construcción y el manejo de las relaciones coloniales. Este conjunto incluye una variedad de documentos, desde los burocráticos hasta los literarios, que tienen en común una serie de preguntas, premisas y métodos respecto al establecimiento de las relaciones económicas, políticas y socioculturales entre la colonia y la metrópoli. Entre las varias manifestaciones del discurso colonial se encuentran los relatos de victorias militares, las descripciones de la flora y la fauna, las descripciones de los habitantes y su cultura, las evaluaciones del potencial económico, las discusiones de problemas políticos, además de las memorias personales y los cuentos.⁴⁰ Consideramos el conjunto de libros sobre las “nuevas posesiones” como manifestaciones de un discurso colonial sobre Puerto Rico; *Our Islands and Their People* es sólo un ejemplar. A continuación se analizarán las estrategias específicas que todos los libros usaron para legitimar sus descripciones y evaluaciones con atención especial al libro en cuestión. En todos los libros de fotografías sobre Puerto Rico, los autores utilizan la técnica narrativa de realismo descriptivo.⁴¹ Todos reclaman haber presentado una descripción objetiva de Puerto Rico y pintado un retrato fiel.⁴² Por ejemplo, el autor Charles Rector y el fotógrafo Wilbur Turner reclamaron ser “...los primeros hombres en cubrir este territorio en su totalidad [Puerto Rico] y en adquirir datos y cifras sobre el mismo, sin hacer conjeturas, y en tomar fotografías verídicas de los isleños en su entorno natural...”.⁴³

Este reclamo de objetividad se basó en dos estrategias discursivas. Primero, los autores establecen su autoridad narrativa por su calidad de observadores directos, de testigos oculares. Es decir, reclaman ser objetivos porque han viajado y visto las islas y su gente, y han recogido información directa acerca de ellas. Tanto la descripción como el testimonio se presentan de forma narrativa, a través de lo que los autores han llamado un retrato escrito (*pen picture*). En la introducción al libro *Our Islands and Their People*, el general Joseph Wheeler escribe:

El objetivo de este libro, por lo tanto, es presentar una imagen lo más auténtica y completa posible de las antiguas islas españolas y de su gente, según serían vistas por el turista, el viajero o el aventurero si estuviesen visitándolas en persona. Para efectos prácticos, se pretende, mediante las fotografías y las descripciones simples, transferir las islas y su gente a la página impresa, para el conocimiento y placer del pueblo americano.⁴⁴

Además de su reclamo de testigo ocular, el autor José de Olivares también utilizó otras fuentes tales como documentos o informes oficiales y relatos o descripciones de otros corresponsales, tales como Frank G. Carpenter.⁴⁵ Estas fuentes no siempre aparecen identificadas claramente, haciendo un poco difícil determinar su origen. No obstante, pudimos precisar algunas de éstas en el curso de la investigación. Por ejemplo, cuando habla sobre la agricultura, Olivares cita la descripción del general Roy Stone, quien había viajado a través de la Isla y hablado con terratenientes locales.⁴⁶ El autor también cita al geólogo Robert Hill del United States Geological Survey sobre los minerales del país. La fuente más importante fueron los dos informes oficiales de los comisionados, enviados por el Presidente McKinley a reportar sobre las condiciones en Puerto Rico. Los informes están basados en inspecciones de instituciones públicas y entrevistas con militares, oficiales locales y ciudadanos a través de la Isla.⁴⁷ Además, Olivares repite las recomendaciones del cónsul Philip Hanna.⁴⁸ Finalmente, en la sección sobre “Puerto Rico primitivo” cita extensivamente una descripción de Alexandre Olivier Ezquemelin que data del siglo XVII, a pesar de que ésta trata la flora y fauna de las islas de Tortuga e Hispaniola, y no la de Puerto Rico.⁴⁹

La segunda estrategia discursiva utilizada en *Our Islands and Their People*, y en todos los demás libros, es la descripción fotográfica. La fotografía se utiliza como un medio de descripción, una técnica para “transferir la isla y su gente a la página impresa”. Se argumenta que la representación fotográfica es una copia perfecta de los objetos retratados, una reproducción tan fiel que incluso capta su esencia. En el prefacio de *Our Islands and Their People*, el general Wheeler exalta la objetividad de la fotografía a un nivel metafísico cuando plantea que la imagen no solamente reproduce una réplica sino que captura “el alma de la naturaleza”. Wheeler escribe:

En las exquisitas fotografías de escenas reales incorporadas en esta obra no hay espacio para las inexactitudes del azar o para los caprichos inciertos de la imaginación del artista. La cámara no puede ser otra cosa que espontánea y fiel. ... Se trata de la vida real transferida a la página impresa. Pero, al mirar estas fotografías pintadas por la infalible luz solar y transferidas a la página perfectamente impresa, sabemos y sentimos que estamos contemplando el alma de la naturaleza y que, en realidad, podemos ver una copia fiel del objeto retratado.⁵⁰

Esta segunda estrategia, la de descripción fotográfica, refuerza la primera, la del testimonio escrito del testigo ocular. Es decir, la fotografía se constituye en una garantía y prueba de que el autor vio realmente lo que escribió. Además, la primera estrategia, la de descripción textual, refuerza la segunda, la de las fotografías. Es decir, el texto, particularmente al pie, explica el tema de las fotografías, evitando así cualquier “error” de identificación o interpretación. Asimismo, el texto “ancla” la fotografía, explicando la imagen y su significación. Este reclamo de realismo,

reforzado doblemente por texto (“lápiz”) e imagen (“cámara”), es evidente en el siguiente extracto de la introducción:

Con lápiz y cámara, estos escritores y fotógrafos emprendedores se aventuraron a los lugares más recónditos de estas regiones pintorescamente hermosas y maravillosamente interesantes, trayendo consigo, para nuestro placer, entretenimiento y conocimiento, las descripciones más vivas de la vida y de las condiciones de tales lugares, suplementadas por la impresión de la naturaleza según fue reproducida con precisión infalible en la placa sensible.⁵¹

Esta doble estrategia discursiva aparece claramente expresada en los títulos de varios libros. Charles Rector subtituló su libro *A Graphic Description of the Garden Spot of the World by Pen and Camara*, implicando pues, que su redacción era tan gráfica como la cámara.⁵² Albert Robinson subtituló su libro *Pen Pictures of the People and the Country*, es decir, con su pluma retrató la Isla; ni siquiera mencionó la cámara a pesar de que su libro contiene 25 fotografías.⁵³ Finalmente, el título completo del texto de José de Olivares es *Our Islands and Their People, As Seen With Camera and Pencil*, sugiriendo que el autor “vio” a Puerto Rico a través de su lápiz mientras que el fotógrafo lo “vio” a través del lente. La autoridad de la descripción y la interpretación descansa en un reclamo de objetividad reforzado por la fotografía.

Robustecidos por la autoridad de su reclamo realista, estos libros formaron parte del proceso de la construcción de un nuevo Puerto Rico bajo la soberanía de los Estados Unidos. Este proceso de la construcción del “otro” no ocurrió de forma aislada, ya que fue parte de un proyecto “civilizador” de corte imperialista, de parte de los Estados Unidos en todas sus “nuevas posesiones”. Además de Puerto Rico, habían adquirido otras posesiones y dependencias que abarcaban una inmensa diversidad cultural y una vasta dispersión geográfica, un archipiélago imperial. Al igual que *Our Islands*, muchos de estos libros incluían también información acerca de Cuba, Hawai’i, las Filipinas y a veces de otras áreas del Caribe y el Pacífico.

Hacia finales del siglo XIX, dos ideas permeaban la mentalidad dominante en los Estados Unidos. Primero, que el “destino manifiesto” de los Estados Unidos era la expansión geográfica que conllevaba el crecimiento económico, la propagación del orden político y el triunfo de la civilización. Esta expansión territorial había sido principalmente continental, con la importante excepción de Hawai’i. La expansión comercial había abierto importantes mercados internacionales. En los albores del siglo XIX, la nueva nación justificaba su expansión por la superioridad de sus instituciones económicas, políticas y culturales. Sin embargo, a través de ese siglo se elaboró una

ideología según la cual la dominación de otros pueblos por parte de la civilización “anglosajona” se fundamentó en la afirmación de una clara superioridad racial.⁵⁴

La segunda idea era que el proceso de la evolución humana correspondía a las fases de desarrollo de la persona: de la niñez hasta la adultez. El principio se expresaba así: la ontogenia (desarrollo del individuo) recapitula la filogenia (origen y evolución de los especies). Es decir, los pueblos que apenas habían comenzado el proceso de evolución eran como niños (los salvajes) o tal vez adolescentes (los bárbaros). Solamente las poblaciones civilizadas occidentales habían logrado la “adultez” en cuanto a su evolución. Este principio expresaba una mentalidad paternalista y patriarcal: hombres blancos eran los “padres” de esta “familia” llamada humanidad. La mayoría de los pueblos del mundo no eran capaces de crear gobiernos eficientes, democráticos y prósperos; necesitaban la orientación, dirección y tutoría de los pueblos civilizados.⁵⁵ Estos dos temas –el destino manifiesto y la evolución de la humanidad– aparecen, de varias formas, en los libros de fotografías sobre Puerto Rico publicados entre 1898 y 1914. La articulación de estas ideas se logró a través de la distinción simbólica entre la civilización y lo primitivo, entre lo cultivado y la naturaleza, entre lo altamente evolucionado y lo atrasado o degenerado.⁵⁶ Por encima de este código fundamental se construyeron diferentes interpretaciones de los pueblos primitivos y sus relaciones con la civilización.

Hacia finales del siglo XIX, los estadounidenses confrontaban una situación única. Gran parte de su historia de expansión geográfica se había caracterizado por la desposesión territorial de grupos indígenas definidos como “no-civilizados”. Justamente en 1890 se proclamó el fin de la frontera, intensificando el impulso de la expansión de ultramar. Los libros ya mencionados marcan la preocupación por esta nueva situación. Por una parte, las islas del Caribe y del Pacífico estaban densamente pobladas y geográficamente aisladas del continente, y por lo tanto no eran una mera extensión de la “frontera”. Por otra parte, los estadounidenses confrontaban, además de una inmensa diversidad cultural, a la antigua civilización española. La fácil discriminación niveladora en contra de todos los pueblos “no civilizados” se complicó con la presencia de una civilización imperial retadora, a pesar de su estado decrepito en los albores del siglo XX.

Estas ideas sobre la expansión y superioridad de la civilización anglosajona definieron y justificaron las metas y estrategias del proyecto civilizador estadounidense. Asimismo, el discurso colonial de los libros sobre Puerto Rico se fundamentó en tres relaciones culturales básicas, dos negativas y una positiva. La primera relación cultural es la relación de dominación y explotación de los puertorriqueños por parte de la civilización imperial española. La segunda relación cultural es la del choque de dos civilizaciones, la civilización hispánica contra la gran civilización anglosajona en vías de expansión, especialmente en su máxima expresión estadounidense. Éstas

son las dos relaciones negativas, una de dominación y la otra de competencia, respectivamente. La tercera expresa una relación positiva (aunque desigual) entre la civilización estadounidense y los puertorriqueños. El pueblo puertorriqueño estuvo dominado por cuatro siglos por la civilización española y necesitaba la ayuda de otra civilización superior en vías de expansión. Es decir, la civilización americana desplazaría la dominación española y desempeñaría un papel tutorial, civilizando a los puertorriqueños. Este proyecto civilizador se basó en la suposición de que los puertorriqueños eran atrasados, no tan civilizados. Dentro de este marco general se construye el “otro” puertorriqueño y se establece la nueva relación colonial. Además, el proyecto imperial se basó en la premisa de que se podía transformar a los “otros” puertorriqueños en seres más parecidos a los estadounidenses. Tal proyecto se encarnó en las variadas y diversas estrategias de “americanización”.

La dominación española del *Paraíso*

El texto de Olivares intercala unas críticas muy agudas a la presencia española en Puerto Rico desde la conquista hasta el 1898. En una de sus secciones más apasionadas, el autor presenta el período precolombino como un verdadero paraíso en la tierra y exalta los aspectos negativos de la conquista española, particularmente la guerra contra de los indios, su esclavitud y su destrucción como pueblo. En esta sección describe a Juan Ponce de León como un “monstruo humano”. Aunque era imposible presentar retratos de la conquista y la explotación brutal de los taínos a manos españolas, se presentan simbólicamente los resultados negativos de la presencia española en Puerto Rico a través de fotografías de lugares históricos y de los textos que acompañan y anclan tales fotografías. Varias fotos asocian la colonización y dominación española con la pobreza humana y con costumbres crueles o bárbaras, especialmente las fotos de las ruinas de Caparra y del supuesto lugar de desembarque de Colón. Entre éstas, sobresale la fotografía 10 del cementerio de Aguadilla.

En esta fotografía observamos a un hombre, identificado como “caballero español”, en un cementerio, éste aparece sentado con los pies encima de un montón de huesos humanos y sostiene dos calaveras en sus manos. La leyenda de la fotografía hace referencia a la práctica de desenterrar los restos y tirarlos en una fosa común después de vencer el período de alquiler de la tumba. La fotografía muestra los huesos amontonados de personas de las clases populares, es decir, de puertorriqueños, que no podían continuar pagando el alquiler de la tumba. La posición del español, claramente posada, exhibe una actitud de desdén y poco respeto hacia los muertos y el texto implica su avaricia. La práctica de tirar los huesos viejos en una fosa común, según Olivares, “es una costumbre que no continuará bajo la influencia americana”.⁵⁷ Simbólicamente, la fotografía establece una relación entre la destrucción y explotación del pueblo puertorriqueño, representado por los huesos, y los españoles, representados por el dueño del cementerio. Para reforzar esta